

# Manuel: Nueva imagen fílmica del sacerdote venezolano

CARMELO VILDA

Otra vez el CURA venezolano en las pantallas. Ahora como protagonista. ¿Qué aporta MANUEL a la iconografía sacerdotal que había filmado hasta ahora nuestro cine? Una nueva pretensión: la del sacerdote joven que a través del amor a una mujer descubre su propia identidad y a la vez el compromiso político con los marginados. El carro que en la primera escena se aleja del pueblo llevando al Cura jubilado ensotinado y colonial simboliza a la vez la desaparición de una tipología sacerdotal caduca centrada casi exclusivamente en la liturgia y los sacramentos.

El riesgo de esta pretensión no es pequeño: ¿cómo asumir la figura clerical sin serlo; es decir, cómo adentrarse desde fuera, desde una postura secular, en la fenomenología sacerdotal, en esa peculiar psicología que rezuma siempre la actuación de un hombre que vive céntricamente para entregarse más a su pueblo?

Para la REVISTA SIC viene a ser por tanto una película importante. Pero de ninguna manera pretendo con esto dar "a priori" un juicio de calidad.

## LO NATURAL COMO BELLEZA DE UN PUEBLO

El P. Manuel, joven aún, es el nuevo párroco de Puerto Píritu. Es serio pero a la vez bondadoso. Cae simpático entre la población porque se mezcla con ellos y posee el don de la sencillez. El tiempo lo gasta en soñar, rezar también con tambora, espantar las cuatro beatas de una asociación piadosa, jugar unas partiditas de dominó en la taguara y dialogar sobre apreciaciones estético-filosóficas con Aparicio el fotógrafo del pueblo. Ninguna peripecia apasionante o dramatismo polémico ni tampoco sondeos de psicología profunda. Más que narración de aventuras somos testigos de la presentación de personas y rincones entrañables de Píritu. Todo ello realizado con una naturalidad y espontaneidad tan diáfana que tanto los hombres como las cosas más pequeñas se recortan con su propio peso específico. Personas sin aderezos como Caraota o el Ama de llaves de la Parroquia, las Devotas, los Pescadores, los Jugadores de dominó y sobre todo Ana Rosa, la refrescante es-

posa de Aparicio...! Calles, plazas, casitas, recuerdos coloniales e iglesia... incluso los perros y loros escriben ese poema de naturismo criollo que merece franca alabanza.

Pero por ese camino Anzola hubiera podido hacer una película muy bonita mas tal vez tan simplista como Simplicio y nadie hubiera pagado diez Bs. para ver cómo vive el fotógrafo de Píritu o cómo desalojan a sus veinte pescadores. Hacía falta un detonante que desencadenara la tensión. El P. Manuel será el reactivo al enamorarse de Ana Rosa. Mientras tanto una gran empresa constructora tramita el desalojo de los pescadores para levantar sobre el suelo de sus viviendas un hotel turístico. El Cura respalda a los pescadores y el desalojo fracasa.

## POSIBLES NIVELES DE LECTURA

a) Nivel Sociológico-Popular: abarca el contorno físico-antropológico de la población costera y se expresa a través de lo religioso, lo anecdótico de las calles, la idiosincrasia de los habitantes, la vida en la biblioteca pública, en la casa parroquial o en la vivienda del fotógrafo. Este plano folklórico-ambiental es para

mí lo mejor de la película porque además de la riqueza plástica, Píritu resulta un regocijante mural en el que la relación hombre-colorido-naturaleza-sentimientos y trato humano alcanza proporciones tan armónicas que la vida parece renacer cada día según la horma exacta de la población. La amistad, cordialidad y lo risueño son la atmósfera de ese pueblo arquetipo de una Venezuela no contaminada aún por el urbanismo ecológica, la inculturización foránea y la vagabundería consumista.

b) Nivel Político: La concepción del Cura que se compromete decididamente con las luchas populares la inicia "La Empresa perdona un momento de locura", pero aparece ahora en MANUEL realizada por el papel protagónico del Sacerdote. Sin embargo el desarrollo conflictivo de las dos clases sociales en pugna aparece filmado con gran dosis de ingenuidad y caricatura. ¿Se percató el Cura del riesgo en que podrían caer los pescadores si ellos o los mastines de Playa-Sol descubren su chapucero enamoramiento? Por otra parte las empresas son mucho más sagaces e inteligentes y mayor su astucia que esas cuatro grotescas pinceladas que pretenden pintar la mali-



cia y voracidad del capitalismo. Por el contrario, el plano de lo popular, del peculiar modo de llevar y culminar el enfrentamiento sí es más rico, sincero y convincente. Ahí sí presenciamos escenas de gran realismo y persuasión.

c) Nivel sentimental: La película se transforma muy pronto en una historia de amor. ¿Historia o romancillo? Resulta que hasta que intima con Ana Rosa, el Padre Manuel nunca "se había atrevido a vivir". Pero casi de repente la muchacha-esposa de Aparicio despierta el erotismo del sacerdote y no sólo salubriz su sicología sino que además le ayuda progresivamente a descúbrir su identidad e incluso por añadidura le impulsa a entregarse más al prójimo.

Pero ¿cómo se realiza en el film esta historia de amor sacerdotal? ¡Con el Cura has topado, amigo Anzola, con todos sus recovecos y la dificultad de descifrarlos! Aquí empieza la historia del romancillo puesto que para mí la verdadera y aquilatada historia de amor filmado es la que existe entre Aparicio y su esposa Ana Rosa. ¡Qué matrimonio tan liberado, entrañable y simpático! Tan sólido además que el macho, al final, puede darse el lujo de perdonar las veleidades de la hembra. Frente a esta realidad "lo" del Cura con Ana Rosa justamente llega al ingenuo "idilio", a una primeriza salida del sonambulismo erótico que no va más allá del umbral del enamoramiento.

Que un Cura se enamore es un fenómeno normal y tal vez saludable. Que ese amor pueda nutrir, como plasma juvenil, su trabajo pastoral también es posible y en algunos casos tal vez deseable. Pero lo que me parece fílmicamente flojo es la chucuta realización o torpe desarrollo de ese proceso afectivo. La trama requería este conflicto pero el intento queda congelado en inocente escualidez. Parece que al Director le dió miedo, pena o quizá escrúpulo? de atizar la leña para avivar el fuego. Y el resultado de esta "indecisión" es que el Cura deja de ser la "persona" normal de antes para transformarse en "personaje" manejado por un Anzola que no ha tenido coraje ni penetración psicológica para armar una auténtica historia de amor. ¿Cómo no pensar en algún momento, por ejemplo, en la mezquindad y canallería que supone robar la esposa al mejor amigo o asumir el dolor del posible escándalo o el probable choque con su ministerio sacerdotal...? La consecuencia es patente: el proceso de enamoramiento degenera en cursilería mecida al ritmo de trinos, salmos y aleluyas que intentan suplan-

tar juguetona, alegre y puerilmente la ausencia de profundidad analítica.

El cambio que se opera en el sacerdote es tan formidable y decisivo que debiéramos haberlo visto y por tanto debiéramos haber acompañado ese tormentoso "camino de Damasco" o ese venusino milagro del Olimpo. Pero en MANUEL no hay interiorización a nivel sentimental sino cinco o seis "flash" que no acaban de alumbrar el recorrido ni convencernos de que el Cura está de verdad enamorado por más entusiasmo que ponga en recitar cuatro imbéciles salmodias y tres citas filosóficas para confirmarlo.

Manuel se llama también el personaje de la mejor novela de Unamuno: "San Manuel Bueno, Mártir". Y algunas frases de la novela salpican el guión de nuestra película. Ha sido precisamente al comparar los dos "manueles" cuando me he convencido de que nuestro sacerdote enañorado resulta enjuto, fácil, enclenque y monigote. Este P. Manuel enamorado no es el Manuel que traslada la iglesia a los bohíos de pescadores para que no les desalojen. Aparicio, por el contrario, es más persona, más carácter y tesitura y aparece fílmicamente con recios cimientos. Y no digamos nada de su luminosa esposa, llena de meollo, con suficientes alas para tomar altura.

No pretendo negar con este juicio la existencia de enamoramientos sacerdotales pequeños y palurdos. ¡De ningún modo! Lo que quiero afirmar es que para que se conviertan en una obra de arte con cierta representatividad deben elevarse a la grandeza de lo epónimo o desentrañar la universalidad de lo genuinamente enano o tarado. ¡Cuánta grandeza late en lo trivial o diminuto... y cuánta belleza en lo feo! Pero lo que no es válido fílmicamente es producir una película con una historia de amor donde se comprueba luego que ni es historia (no la narra cinematográficamente) ni mucho menos de amor (se mantiene en los hipo iniciales)

### PELICULA ABIERTA... TAL VEZ DEMASIADO ABIERTA

Para mi sensibilidad la película resulta abortada no porque exija de mi parte un final más definido o mayor clarificación del desenlace sino porque la carga narrativa del planteamiento requiere mayor desarrollo posterior y un determinado tiempo para digerir los cambios evolutivos. Precisamente el hilo narrativo parecía requerir esa labor de firmeza y decantación. De paso advierto que hay un final "rosa": ¿no acaba la película con el perdón o al menos con la com-

prensión del desliz sacerdotal por parte del fotógrafo? Pero lo que falta no es la moraleja o desenlace político sino el crecimiento explosivo de la atmósfera previamente creada o sea el desenvolvimiento dialéctico de las premisas ofrecidas. De lo contrario se convierte en onanismo no pretendido sino casual. Y aunque el Director proclame que quiso en efecto parir así el film el público por su parte también tiene derecho a replicar que parece, en efecto, un aborto accidental.

Pero a parte de "eso" que he llamado "nivel sentimental" la película es bonita y gustará. ¿No son lindas y entrañablemente auditivas las musicalizaciones de Paul Mauriat? Yo sin embargo prefiero los devaneos trágicos, casi ya dodecafónicos, del último Beethoven al borde de la locura. Algunos espectadores dirán: "¡Qué cura tan chévere, vale!" Otros explicarán "¡Me gustan los detalles descriptivos, las pinceladas naturales, la actuación sobria del pueblo, la recreación ambiental de lo popular". A varios les disgustará el tipo de cura político que ellos llamarán demagogo. Los Obispos lamentarán que se empañe la castidad sacerdotal pero comprenderán que el servicio al prójimo compensa tal "mancha". Es muy probable que la mayoría del clero no se vea reflejado porque el Padre Manuel no sale del boceto.

En definitiva resulta una película tan abierta, tan abierta... que tiene peligro de quedarse sin orillas que abarcar. Creo que Alfredo no apretó los ijares a un tema tan robusto. ¿Será por eso que falta densidad? ¿Dónde queda, por ejemplo, aquel primer atisbo de un Viernes Santo popular filmado mientras se presentan los nombres de Actores y demás personal técnico? ¿Tuvo miedo de iluminar el resto de la película con ese foco densamente mítico y popular?

Alfredo Anzola ha dirigido una película cuya pretensión no debe identificarse con su valoración, ni su novedosa tesis teológica con su coherencia fílmica. ¡No mezclemos en el cine la moralidad ideológica con la perfección fílmica! Ni caigamos en la miopía de justificar un idilio cinematográficamente gajo por un puritanismo revolucionario ideológico.